

KORNBLUTH CAMBLOR, David

¿CAPITALISMO Y LIBERTAD EN LATINOAMÉRICA? Una aproximación desde los juegos de lenguaje

Revista Enfoques, vol. VIII, núm. 13, 2010, pp. 61-73
Universidad Central de Chile
Santiago, Chile



Revista Enfoques
ISSN (Versión impresa): 0718-0241
enfoques@ucentral.cl
Universidad Central de Chile
Chile

¿CAPITALISMO Y LIBERTAD EN LATINOAMÉRICA?
Una aproximación desde los juegos de lenguaje

Capitalism and freedom in Latin America? An approach from the language games

David KORNBLUTH CAMBLOR[1]
Universidad Central de Chile
✉*dakornbluth@gmail.com*

Vol. VIII Nº 13, 2010, 61-73
Fecha de recepción: 30 de septiembre 2010
Fecha de aceptación: 18 de octubre 2010
Versión final: 13 de diciembre de 2010

RESUMEN: El presente ensayo reflexiona sobre el texto *Capitalismo y libertad* de Milton Friedman y los *juegos de lenguaje* presentes en él, intentando develar su relación con el contexto actual y el disfraz científico de un pensamiento ideológico. A partir de estos juegos el texto analiza el Consenso de Washington, como estructuración/estructurante, y algunas de las repercusiones generadas en la sociedad a partir del ordenamiento institucional que sus postulados plantean. Finalmente, se intentan algunas conclusiones sobre la construcción y articulación del discurso neoliberal.

Palabras clave: neoliberalismo; juegos de lenguaje; Consenso de Washinton.

ABSTRACT: This essay is a reflection about the text "Capitalism and Freedom" by Milton Friedman, and the language games in it, trying to uncover their relationship with the current context and the scientific disguise of a ideological thinking. From these language games, the paper analyzes the Washington Consensus as structure / structuring, and some of the effects that are generated in society from the institutional order proposed. Finally, we try to present some conclusions about the construction and articulation of the neoliberal discourse.

Key words: neoliberalism; language games; Washington consensus.

[1] Magíster© en Historia Social y Económica, Pontificia Universidad Católica de Valparaíso. Cientista Político, Universidad Central de Chile.

En realidad, una gran fuente de objeciones a una economía libre es
precisamente lo bien que hace su trabajo.
Le da a la gente lo que quiere en vez de lo que un grupo particular
piensa que debería tener.
Subyacente a la mayoría de los argumentos contra
el mercado libre está la falta de confianza en la libertad misma.

Milton Friedman

El lenguaje es un laberinto de caminos.
Vienes de un lado y sabes por dónde andas;
vienes de otro al mismo lugar y ya no lo sabes.

Ludwig Wittgenstein

¿Capitalismo y libertad? Una aproximación desde los juegos de lenguaje

Eric Hobsbawm (2009: 18), tras la gran crisis inmobiliario-financiera, en una columna del 14 de abril de 2009, planteó la pregunta: ¿qué viene ahora, dado que el socialismo fracasó y el capitalismo está quebrado? Y entre varias de sus afirmaciones concibe que muchas veces "subestimamos lo adictos que son los gobiernos y los que toman las decisiones a las drogas del mercado libre que los han hecho sentirse tan bien durante décadas".

A partir de esto, el objetivo de este ensayo es aproximarnos –en palabras de Hobsbawm– a uno de los componentes de la droga misma: algunos de los efectos nocivos de esa adicción. Para esto se analizará el texto *Capitalismo y libertad*[2] de Milton Friedman, oponiéndolo a ciertos puntos principales del Consenso de Washington, entendiendo este como estructuración/estructurante del pensamiento neoliberal y su manifestación social.

Si bien la elección de los conceptos utilizados puede ser considerada arbitraria, esto obedece a la utilidad explicativa de estos para comprender y desmembrar el texto oponiéndolo al contexto de avance constante hacia el neoliberalismo, mostrando que la consolidación del *capitalismo competitivo* en los países menos desarrollados se da, hasta hoy, en un movimiento incesante, perfectible y procedual.

Actualmente, es prácticamente un lugar común señalar que el lenguaje antecede a todo comportamiento humano, y justamente a partir de él, de los juegos que determina y de la construcción de discursos a partir de estos juegos, la importancia indiscutible que adquiere para el estudio de determinados macrocomportamientos sociales; en este caso, a nivel latinoamericano.

---

[2] El texto fue editado en español por Editorial Rialp, Madrid. 1966. La versión original en inglés fue editada por la Universidad de Chicago en 1962.

Uno de los intelectuales más influyentes del siglo XX, Claude Levi-Strauss, dio cuenta en sus investigaciones de que:

> *… el lenguaje es susceptible de ser tratado como producto de la cultura: una lengua usada en una sociedad, refleja la cultura general de la población, pero, en otro sentido, el lenguaje es una parte de la cultura; constituye uno de sus elementos entre otros (…). Se puede considerar el lenguaje como una condición de la cultura (…), puesto que el individuo adquiere la cultura de su grupo por medio del lenguaje* (Levi-Strauss, 1995: 110).

Por esto, se plantea aquí la utilización de la concepción de juegos de lenguaje como los entiende Wittgenstein, y la ordenación y estructuración que estos ejercen en la vida cotidiana de los sujetos. La importancia de utilizar esta concepción está dada por el hecho de que "su blanco es una teoría del lenguaje y del significado (…) la idea de que una palabra tiene significado al estar conectada a un objeto en una relación de «nombrar» o «significar»" (Taylor, 1997: 107).

En este plano, se observa que

> *… nuestros claros y simples juegos de lenguaje no son estudios preparatorios para una futura reglamentación del lenguaje –como si fueran primeras aproximaciones, sin consideración de la fricción y de la resistencia del aire. Los juegos de lenguaje están más bien ahí como los objetos de comparación que deben arrojar luz sobre las condiciones de nuestro lenguaje por vía de semejanza y desemejanza* (Wittgenstein, 2002:131).

O sea, se pueden apreciar determinadas formas de utilización del lenguaje, observar , a su vez, cómo ese uso no es azaroso, y que, por el contrario, se producen asociaciones generalmente lineales de palabras, significados y prácticas. Esto lleva a que el lenguaje de uso filosófico, sea usado de ordinario en el día a día (De Certeau, 2007: 13).

Milton Friedman no es el único, aunque sin duda alguna, uno de los principales ideólogos de la doctrina neoliberal desarrollada, principalmente y en gran medida, en la escuela de economía de la Universidad de Chicago, al menos desde mediados de la década del 50. Chicago es probablemente la principal trinchera y la gran impulsora de la doctrina neoliberal en América Latina, logrando permear –muchas veces, hegemonizar– de manera diversa la academia latinoamericana. Y si bien su pensamiento puede remitirse al menos a von Mises, F. Hayek u otros liberales, la reformulación y el impacto que Friedman y su producción intelectual generan, tanto a nivel académico-filosófico como práctico, obligan a repensar sus postulados desde el origen, si bien en el contexto actual y, por cierto, en sus manifestaciones concretas para, como se señaló, oponer los discursos a algunas de las prácticas y resultados. Es por este motivo que se lo escogió como uno de los exponentes paradigmáticos y dignos de análisis.

Respecto del texto en particular, la elección se hizo por el hecho de tratar, fundamentalmente, la relación entre la libertad de que disfrutan los individuos

en una sociedad y la forma de organización económica de la misma (Friedman, 1966). A partir de esto, se pretende establecer una relación respecto de cómo ese pensamiento se manifiesta más concreta y estructuralmente en la vida económica reciente, mediante algunos de los puntos del Consenso de Washington. Es necesario explicitar que el pensamiento, estructura y práctica neoliberal es, en cierto modo, anacrónico, y que quizás una forma más evidente de aproximación sería observar las políticas impulsadas por los gobiernos de Thatcher o Reagan. No obstante, se eligió el *Consenso* por ser un documento cercano, en tanto fija un norte estructural (quizás más puro que el caso inglés o norteamericano) para la economía, principalmente latinoamericana, y esta relación es interesante analizar, dos décadas después.

Un sistema económico caracteriza una época económica cuando predomina en ella (Sombart, 1972: 17); o sea cuando es aceptado sin cuestionamientos. En pocas palabras, cuando es hegemónico generando una concepción que penetra hasta lo más básico, por ejemplo, la vida cotidiana, trasmutándola y deconstruyéndola a través de las propias (re)significaciones.

En este sentido, lo que se define finalmente son

> … *sistemas de disposiciones duraderas y transferibles, estructuras estructuradas predispuestas a funcionar como estructuras estructurantes, es decir como principios generadores y organizadores de prácticas y de representaciones que pueden estar objetivamente adaptadas a su fin sin suponer la búsqueda consciente ni el dominio expreso de las operaciones necesarias para alcanzarlos, objetivamente "regladas" y "regulares" sin ser en nada el producto de la obediencia a reglas y, siendo todo esto, colectivamente orquestadas sin ser el producto de la acción organizadora de un director de orquesta* (Bourdieu, 2003: 13).

A este respecto destaca "que la concordancia de los hombres decide lo que es verdadero y lo que es falso (…) y los hombres concuerdan en el *lenguaje*. Esta no es una concordancia de opiniones, sino de forma de vida" (Wittgenstein, 2002: 17). En pocas palabras, entender la premisa básica de que los juegos de lenguaje son realidades sociales *per se*. De este modo, los significados de las palabras se sitúan en el contexto de nuestra forma de vida *(Lebensform)* (Taylor, 1997: 107). A partir de lo anterior, cabe plantear que los juegos de lenguaje son constituyentes de la realidad social en tanto la construyen, comprenden, analizan, decodifican y reformulan.

Tales estructuras discursivas consolidan ciertas prácticas reificando la realidad. Todo esto como parte de un proceso dialéctico que explican de manera formidable Berger y Luckmann (1995: 84) señalando que "la sociedad es un producto humano […] es una realidad objetiva. El hombre es un producto social". Para los autores, la realidad social es una construcción que la propia sociedad lleva a cabo en base a las prácticas –y por cierto al lenguaje–, que de una u otra forma se van institucionalizando, prácticas discursivas, o mejor dicho, instituciones convertidas así en la realidad en que los sujetos se desenvuelven, en pocas palabras, su ambiente. De este modo, el hombre es impulsado (mediante

un proceso cognitivo) a comportarse de forma socialmente aceptada. El sujeto termina sin mayores cuestionamientos convirtiéndose en un *fruto reificado del árbol social que él mismo plantó*.

Siguiendo a Sombart,

> *… un determinado espíritu domina en una época cuando conoce una gran difusión; predomina si determina las acciones económicas de la mayoría de los sujetos económicos. Contra la aceptación de un espíritu dominante o predominante solo la terquedad o la necedad podrán oponer el hecho de que en esa misma época han vivido también individuos que, con una orientación distinta, estaban animados por un espíritu económico también distinto* (Sombart, 1972:18).

Y si bien, toda realidad hegemónica tiene su alter ego en la resistencia, sin embargo, este hecho no la hace menos hegemónica, sino que, por el contrario, confirma tal hegemonía. Este es el caso del modelo neoliberal que en 30 años logró –a pesar de la resistencia– una penetración profunda en el modo económico (y societal) de relacionarse de los sujetos, dándole sustento a partir de la invocación de la economía de mercado con un disfraz científico, intentando dejar de lado la inherente ideología que la sustenta.

Francis Fukuyama (1990) en su célebre *fin de la historia* planteaba, entre otras cosas, que el capitalismo neoliberal ha triunfado y que, de aquí en adelante, es el paradigma según el cual el mundo, particularmente, los Estados y, por ende, las sociedades entienden, estructuran, ordenan y desarrollan las dinámicas propias de la cotidianeidad. En gran medida el planteamiento de Fukuyama –publicado en 1988– acertó y se asentó como la forma cómo debía observarse el mundo. Lo anterior es de suma importancia tomando en cuenta el contexto de la publicación: la caída del comunismo soviético y con él la consolidación del sistema de capitalismo competitivo.

Sin embargo, son muchos los autores que han declarado la muerte de las ideologías, y la ausencia de metarrelatos, pero lo cierto es que estos aún existen de manera subrepticia, se construyen y permean de forma intangible; se asumen y justifican, no como ideológicos –lo cual sería políticamente incorrecto–, sino de manera científica. Tal es el caso de la economía de mercado, planteada como forma única de ordenar los asuntos económicos de la sociedad. El neoliberalismo *consensuado a la Friedman* se ha mostrado como una síntesis inevitable e inmejorable para la vida de los sujetos en sociedad.

Como bien se señaló, algunos sostienen que las ideologías han muerto, o que, al menos, han decaído como formas de decodificación individual y colectiva de la realidad. Supuestamente, no son los filtros con que se interpreta la realidad social ni mucho menos consiguen imponer ciertas ideas sobre un futuro preconcebido. Pero sí –y el neoliberalismo lo confirma– han mutado y se encuentran vigentes no a partir de metarrelatos, utopías y teodiceas con visión de futuro, sino más bien moldeando el presente a partir de –como siempre han intentado– una visión científica.

Claros ejemplos de lo dicho y del historicismo circundante son el marxismo que como socialismo científico se edificó cimentado en la «*ley de la historia*», y que se mostraba como la realidad futura e inevitable que reemplazaría la realidad capitalista de ese momento; *vis-à-vis*, el nazismo, sostenido en la «*ley natural*» que propugnaba no sólo la superioridad de una raza en particular sobre otras, sino la necesidad de exterminar a las inferiores puesto que actuaría la selección natural. Ahora bien, las ideologías recién mencionadas han sido quizás las más crudas (en términos éticos) en actuación y métodos una vez hegemónicas y manifestadas particularmente como totalitarismos, pero la ideología como concepto va más allá, y se puede también citar el caso del liberalismo económico, fundamentado en la «*ley del mercado*» presentado hoy como la realidad hegemónica, incuestionable para alcanzar la libertad, e incluso con mayor alcance geográfico, jamás logrado por el nazismo o el marxismo.

A grandes rasgos, esto actúa como una suerte de eficiencia del pensamiento, que no hace otra cosa que fijar las fronteras entre los buenos, científicamente comprobado, y los malos, empíricamente equivocados. Cientificidad –en este caso económica– que opera muchas veces a través de la autoridad y las jerarquías científicas, fijando aquello que es *legítimo* discutir (Bourdieu, 2000: 17). O, en su defecto, oponiendo lo verdadero y lo falso gracias a la construcción de sistemas de exclusión fundamentados en una voluntad de saber y, en definitiva, de verdad (Foucault, 2008: 18-24). De esta forma, las ideologías y sus discursos construyen realidad, la cual es objetivada –o al menos eso se intenta– mediante subjetividades. Todo esto, en gran medida, gracias a la consolidación de acciones habitualizadas o *habituación* (Berger & Luckman, 1995: 74-75); en este caso, de carácter social.

Todo lo anterior es discutible (partiendo de la premisa de que *el papel todo lo resiste* y de que en este todo puede argumentarse), pero en gran medida es casi indiscutiblemente cierto que la realidad económico-social del mundo actual o al menos de gran parte de este (que interesa para el presente análisis), se construye con una *mano invisible* sobre dos curvas fundamentales: la oferta, y la demanda.

No se puede obviar que "la experiencia muestra que la estructura de una sociedad en un lugar y momento dados, así como las ideologías prevalecientes, se determinan en gran parte por la manera como dicha sociedad afronta sus necesidades de orden material" (Carr, 1969: 32).

A partir de esto, lo que aquí se sostiene es, fundamentalmente, la existencia de un *tejido policromo del espíritu capitalista* (Sombart, 1972: 18), y que, sin duda alguna, el neoliberalismo es una fibra más en la historia de este tejido, quizás la más gruesa de los últimos 50 años.

Así también "la así llamada evolución histórica reposa, en general, en el hecho de que la última forma considera a las pasadas como otras tantas etapas hacia ella misma" (Marx, 1973: 27). En este sentido, analizar un texto de Milton Friedman puede dar algunas pistas que guíen sobre la dirección de la economía respecto del cómo y a costa de qué encamina sus esfuerzos hacia los propios objetivos en un momento determinado de la historia de la sociedad (Hobsbawm, 1998).

Un buen inicio para aproximarse es el título del texto, *Capitalismo y libertad*, en él Friedman introduce inmediatamente la ligazón defendida a ultranza por los partidarios del mercado: el hecho irrefutable de que la libertad sólo puede ser alcanzada en un sistema de mercado capitalista, en la actualidad en una variante neoliberal. Esta asociación positiva entre mercado y libertad se hace patente y prácticamente es incuestionable en la teoría y, más particularmente, en el lenguaje con que se insta a los individuos a asociar consumo y bienestar material con libertad; no obstante, como se verá, hay algunos ejemplos, incluso utilizados por apologistas del mercado, que distan de la realidad y dejan entrever el juego de lenguaje desnudo.

Cuando Friedman (1966: 23) señala que "…la clase de organización económica que produce libertad económica directamente, es decir, el capitalismo competitivo, produce también libertad política porque separa el poder económico del poder político, y de esta forma permite que uno contrarreste al otro", reafirma, por un lado, que el capitalismo competitivo o neoliberalismo es efectivamente una fibra del capitalismo y, por otro, asume que es la única fibra capaz de otorgar la tan ansiada libertad individual. Para él "la libertad económica es un fin en sí misma" (Friedman, 1966: 22). Esto último lleva implícito el sello de una verdad revelada, un dogma respecto del mercado como espacio de autonomía fundamental de los sujetos en sociedad. Lo anterior conduce a asociar de forma lineal la libertad individual como monopolio del neoliberalismo, fijando una importancia superlativa al sistema económico, que es para él un fin en sí mismo. Fin al que se termina por someter la libertad civil o política. Si la manifestación de libertad fuese así, se encontraría absolutamente subsumida y condicionada a la posibilidad de participación en el mercado, existiendo la posibilidad de quedar preso de la segregación del propio mercado.

En cierta medida, se podría concordar en algún grado con Friedman en que la libertad económica es importantísima, pero superponer una sobre la otra parece ser un ejercicio tautológico y obcecado que pierde de vista el fin último de la vida económica, por cuanto una libertad no puede yuxtaponerse a otra. Y tal aproximación se transforma, inevitablemente, en un juego de suma cero.

Nunca la economía debe ser considerada un fin en sí misma (ni siquiera en los textos), sería como *poner la carreta delante de los bueyes*. La economía debe entenderse –y se entendió etimológicamente en un principio– como la manera como los hombres organizan sus recursos materiales para la vida. Más aún, no se puede concluir tan firmemente que el neoliberalismo o capitalismo competitivo sea el único y mejor sistema para resguardar la libertad individual, y aun cuando lo fuese, cabe preguntarse si ese es realmente el fin al que aspira la sociedad.

En última instancia ante la inexistencia de hombres la economía desaparece, sin embargo, el hombre puede organizar su vida económica –lo ha hecho a lo largo de la historia– de múltiples formas y con diversos fines.

Friedman plantea que

> *… la principal amenaza contra la libertad es el poder de usar la fuerza, ya sea por parte de un monarca, un dictador, una oligarquía o una mayoría momentánea. La defensa de la libertad requiere la eliminación, en la medida*

> *de lo posible, de esas concentraciones de poder, y la dispersión y distribución del poder que sea imposible eliminar (un sistema de contención y equilibrio). Al hacer que la autoridad política pierda el control de la actividad económica, el mercado elimina esta fuente de poder coercitivo. Hace que la fuerza económica actúe de contención del poder político* (Friedman, 1966: 31).

Este planteamiento muestra que, en última instancia, lo que se aborda son ciertos juegos de poder presentes en la sociedad. Sin embargo, se minimizan tales juegos simplemente al ámbito de la libertad política, así como las posibles asimetrías y coerciones sin tomar en cuenta que la entelequia que conduce, organiza y procesa la información para la provisión de satisfacción de necesidades denominada mercado tiene diferentes puntos de partida para los distintos jugadores. El juego de lenguaje abierto por Friedman se orienta a generar una significación positiva entre mercado y autodeterminación individual mediante la aversión y el miedo a una coerción *política*, levantando la economía de mercado a un sitial de objetivo social indiscutible y emancipatorio, por ser, supuestamente, un contrapeso del poder político.

Incluso plantea que:

> *… la gran ventaja del mercado, es que permite una amplia diversidad. Es, en términos políticos, un sistema de representación proporcional. Todo hombre puede (por así decirlo) votar por el color de corbata que le guste, y obtenerla; no tiene que ver que color le gusta a la mayoría y someterse a ella, si es que él esta en la minoría* (Friedman, 1966: 30).

Haciendo alusión –en primer lugar– a que es el mercado donde la diversidad se consolida a partir de los *deseos*. Son los deseos –materiales, en este caso– los que constituyen la diversidad para Friedman. Sin embargo, no es necesario profundizar mayormente para darse cuenta de que la diversidad no tiene que ver única y exclusivamente con necesidades materiales.

Ni mucho menos es el mercado el ágora donde la diversidad está llamada a desenvolverse,[3] claro ejemplo es la producción en serie, la obsoletización imaginada[4] y la cultura de *lo desechable,* que alcanza el punto más alto en el actual sistema, dejando al descubierto un (ab)uso del lenguaje neoliberal. En segundo lugar, y respecto de una supuesta representación proporcional, cabe destacar que el mercado no forma parte del espacio público, sino que es un centro de abastecimiento orientado a satisfacer necesidades propiamente privadas en que la representación *proporcional* factible de obtener es directamente proporcional a la

---

[3] Un buen ejemplo de esto se puede observar en Chile. Los centros comerciales (*malls*) han adoptado nombres como Plaza Vespucio, Plaza Norte, Plaza Tobalaba, Parque Arauco, etc. mimetizándose poco a poco con el espacio público tradicional de deliberación y/o de reunión familiar, la plaza.

[4] La obsoletización imaginada se refiere a la artimaña publicitaria mediante la cual un producto de características similares –por no decir idénticas– a los que se encuentran en el mercado se presenta como una novedad

capacidad adquisitiva de cada individuo, operando en el contexto latinoamericano en una desigualdad estructural endémica.

Es cierto que los sujetos son libres en el mercado, pero también que *la libertad en el mercado es directamente proporcional al poder adquisitivo*. El crédito permitió integrar y hacer libre a una gran masa, pero, al mismo tiempo, subsumiéndola en una prisión casi a cadena perpetua. Por un lado, se obliga a ese consumidor a relacionarse sólo con *él* o *los* proveedores que otorgaron el crédito y, por otro, se lo constriñe a trabajar para poder pagar el *sobregiro de libertad anteriormente obtenido*. Esto sucede a partir de un *deseo mimético* y una instalación del consumo como necesidad interior; un sentido de vida. De este modo la felicidad "es definida como simple ensanchamiento material (…) algo que se compra, adquirible y que se concreta en el confort o en la entretención" (Moulian, 1998: 33). El espacio público se cambia por grandes plazas de consumo donde el individuo vive en carne propia esa libertad *friedmaniana*.

A partir del lenguaje, se aprecia la construcción de *cadenas equivalenciales* (Laclau, 2000:101) que asocian el libremercado con la libertad/diversidad, y en esa dirección con la posibilidad de desarrollo material/individual, difuminando la línea divisoria, y extendiendo una *economía de mercado* a una *sociedad de mercado* (Lechner, 1992: 235-247).

Muy en esta línea, el Consenso de Washington (Williamson, 1999: 67-87) entrega ciertas pautas estructurantes de la economía neoliberal haciendo explícitos los lineamientos que el pensamiento libremercadista aceptó ciegamente y promulgó como verdades reveladas. Los puntos van desde prioridades del gasto público hasta respeto irrestricto del Estado de Derecho fundamentado y entendido principalmente como derechos de propiedad.

Las prioridades del gasto público se enmarcan esencialmente en la disminución del gasto de un gobierno más que en el aumento en la recaudación de impuestos, lo que obliga a preguntarse: ¿quiénes son los principales beneficiados con la menor –o estática– recaudación de impuestos?; ¿quiénes son los principales perjudicados con la disminución del gasto de un gobierno? Este es un punto fundamental de análisis: a simple vista son especialmente las clases más desfavorecidas económicamente, afectadas por la disminución del gasto, y las empresas las principales favorecidas con las políticas tributarias del consenso.

Si tomamos el juego de lenguaje propuesto por Friedman, resalta la pregunta fundamental sobre ¿quiénes son realmente libres en el capitalismo competitivo?

Más aún, casualmente el gasto militar se dejó como dimensión soberana de cada Estado, contrariamente a eso, el gasto social es el que se aconsejó recortar. Esto muestra, por un lado, que las armas han sido y siguen siendo –particularmente para aquellos países e industrias del *centro*[5]– un gran negocio que

[5] Aquí se hace alusión al *centro* en la conceptualización de Immanuel Wallerstein, entendiendo que el Consenso fue pensado desde el centro y aplicado hacia la periferia.

no debe ni puede constreñirse y, por otro, que se responde a la realidad social con algunas dictaduras militares entremezcladas con democracias débiles, inestables y con resabios dictatoriales.

Tanto el tipo de interés como el de cambio se dejaron libres a las fluctuaciones del mercado *so pretexto* de que serían más competitivos y atraerían más capitales y ahorro. Sin embargo, uno de los efectos increíblemente nocivos ha sido el auge de los capitales golondrina generadores de negativos impactos sociales, cuando –como siempre– los más afectados fueron los más *periféricos*.

Se liberalizaron las importaciones, manteniendo y –la mayor de las veces– disminuyendo los aranceles a los productos provenientes del extranjero. Asimismo, se potenció la inversión extranjera directa (IED), se llevó a cabo un proceso radical de privatizaciones y de desregulaciones. Estos tres puntos son importantísimos a la hora de analizar las estructuraciones sociales generadas por los juegos de lenguaje del capitalismo competitivo neoliberal. Por cierto, estos tres procesos se hicieron en aras de la libertad en el mercado, pero nuevamente la pregunta es ¿la libertad de quiénes?

Existe una aseveración crucial en el juego de lenguaje neoliberal: el hecho de que la industria privada siempre actuará y tendrá un ejercicio más eficiente.

Esto, en gran medida, es cierto, dado que la empresa privada en un sistema de capitalismo desenfrenado como el neoliberal, se orienta, única y exclusivamente, al lucro y tiene, muchas veces, comportamientos –al menos tendencialmente– más inescrupulosos. Claro ejemplo de esto es la última crisis financiera global.

La inversión extranjera directa (IED) no era limitable dado que fueron justamente capitales extranjeros –principalmente del centro– quienes se adjudicaron la mercancía puesta en venta (empresas públicas) en el proceso de privatizaciones, dejando gran parte de los bienes públicos en manos privadas. Y respecto de la desregulación con el objetivo de generar mercados menos coercitivos, sobre todo de inversiones, capitales, precios, barreras a las importaciones, créditos, laborales, etc. Nuevamente emerge la pregunta ¿a quiénes benefició?

Mención extra merece la desregulación o el intento ferviente de desregular el mercado laboral. La desregulación laboral ha generado sobre todo una precarización del trabajo (Perret & Roustang, 2000: 103-128), que quizás siempre existió, pero que, en los últimos años, se ha hecho más evidente con un desempleo estructural que el mercado y los grandes capitales muchas veces agradecen.

Como señala Stiglitz (2003: 45) "el *mantra* de la desregulación se ha revelado como una trampa que, lejos de llevarnos al grado de regulación más *adecuado*, nos ha conducido a la supresión irreflexiva y sin más de todo mecanismo regulador".

Respecto del estado de Derecho y el respeto irrestricto de los derechos de propiedad se puede señalar que tiene que ver en gran medida con no perder por acción/expropiación estatal privilegios obtenidos mediante el proceso de *liberalización consensuada* que, en la mayoría de los casos, se afianzó de manera constitucional.

Algunas conclusiones

Se puede plantear que el proceso que comienza concretamente a mediados de la década de 1970 es tremendamente interesante, amalgamando dinámicas de cambio tanto en el pensamiento económico como en el socio-político, y por cierto en las prácticas tanto económicas y políticas como sociales. El mundo cambia, se hace más escéptico, fragmentado e individualista y da paso a un fundamentalismo científico que depende, la mayor parte de las ocasiones, de la posición relativa ocupada por los actores en la jerarquía de un determinado campo, donde, incluso, se fijan los objetos legítimos de discusión en un momento determinado (Bourdieu, 2000: 18-27). Hoy en día, el racionalismo imperante defiende que lo que no es ciencia no tiene mayor valor social como forma de explicar fenómenos naturales o humanos, transformándose simplemente en *doxa*. De ahí que el neoliberalismo se exponga a sí mismo como una explicación científica y neutra de las reglas económicas, y, a partir de esto, es cuando el proceso *mitificante* genera en cierto grado una nueva mentalidad económica mundial.

Esto no hace sino producir una «estructura de la coyuntura», que "es una serie situacional de relaciones, cristalizada a partir de las categorías culturales operativas y los intereses de los actores" (Sahlins, 1997: 121); es decir, un texto que se vuelve hegemónico en su contexto. Esto produce dominación fundamentada en la habituación e institucionalización de ciertas prácticas y hechos sociales que, a partir de *cadenas equivalenciales* (Laclau, 2000: 101-ss) como, por ejemplo, la construcción libertad/mercado/consumo, van entregando el sustrato necesario para ejercer la identificación con una forma de vida *(Lebensform),* lingüísticamente emancipatoria.

Así, desde esta línea argumentativa, el neoliberalismo es un metarrelato que a partir del mercado representa la plenitud imposible (Laclau, 2000: 21-ss) de la comunidad. Una construcción lingüística productora de valoraciones internalizadas por el sujeto mediante mecanismos subjetivos de dominio, traducidas en pautas que la sociedad y el mercado entregan como correctas y que esa construcción reafirma por medio de la repetición incesante e irreflexiva de las mismas, lo que termina por configurar un discurso (Foucault, 2008). En esta línea, es tremendamente interesante la operación del neoliberalismo, en cuanto enmarca la consolidación de un pensamiento común y colectivo del bienestar esperado, a la usanza de las ideologías tradicionales, bienestar que, en este caso, es material y visto como la libertad misma. No obstante, tal pensamiento colectivo es orientado por una dinámica individualizante en que el fin perseguido o producto esperado es un sujeto carente de proyecto colectivo. Resultando así una fragmentación de la sociedad entendida simplemente como una suma de entes individuales.

Desde esta perspectiva, el neoliberalismo puede ser visto como un discurso que ejerce una dominación a partir de la arenga emancipatoria de los bienes materiales y el estatus. Y lo que de esto deriva, invita a llevar a cabo más profundamente –y ojalá más ligada a lo cotidiano– la tarea de analizar *en qué medida el lenguaje neoliberal es estructurante de la coyuntura*.

Por otro lado, la conceptualización que hace Friedman (1966: 22-23) de la libertad pone al individuo entre Escila y Caribdis,[6] en tanto escapa de la coerción del gobierno para caer en la prisión del mercado. Cabe señalar que de una concepción primigenia de la economía al servicio del hombre se ha pasado a una mentalidad –defendida por Friedman– en que el modelo económico es un fin en sí mismo y el hombre un *insumo productivo,* sea en el *input* o en el *output* del proceso de producción y distribución, capaz de desarrollarse, única y exclusivamente, en el mercado libre.Otra línea argumentativa interesante sería entender que todo lo anterior, desde el juego de lenguaje mismo hasta las estructuraciones que este entrega por medio del Consenso, llevan a observar cómo se manifiesta concretamente el modelo de sistema mundo capitalista (Anderson, 1995: 55-63), no sólo generando una explotación económica a partir de las exportaciones/importaciones, sino de la consolidación de un modelo teórico proveniente del centro actual que no escatima en factibilizar por medio del lenguaje un modelo único para formas nacionales, culturales, sociales, políticas y económicas diferentes.

Más aún, y en el campo de la economía propiamente tal, el proceso de privatizaciones que trajo consigo la venta de empresas no hizo sino (re)emerger la conceptuación de centro-periferia (Anderson, 1995) que plantea Wallerstein.

Las empresas de la periferia –obligada a privatizar– fueron adquiridas, en su gran mayoría, por capitales provenientes del centro, a partir de la consolidación del modelo económico neoliberal *sugerido* por el centro para la periferia. Así, el Consenso y las privatizaciones que trajo aparejadas terminaron por estimular la concentración tanto de los recursos como del poder, lo que es contrario al interés declarado de Friedman. En síntesis, existe una incongruencia entre lo teórico y lo práctico del capitalismo competitivo y su operación en Latinoamérica, lo cual, sin embargo, no impide una cierta performatividad de las ciencias sociales, que presentan un discurso ordenador de los modos de vivir en términos de prácticas sociales individuales y colectivas, desde postulados ideológicos no asumidos como tales, sino, por el contrario, presentados como científicos.

El neoliberalismo logra desprestigiar otros saberes, otros modos de conocimiento económico y de organización social. La economía de mercado se muestra como único paradigma de producción y distribución de bienes y servicios, forma unívoca de organización de las necesidades sociales/materiales, conformando comportamientos colectivos no siempre reflexivos. Es en este punto donde emergen las grandes preguntas sobre la organización de las necesidades materiales de una sociedad y sus aristas filosóficas: ¿es realmente incuestionable la cientificidad del neoliberalismo?; ¿hasta qué punto se logra la libertad del individuo en el sistema económico?; ¿es la libertad económica el principio y el fin de la libertad?; ¿puede el individuo encontrar la emancipación en el consumo?; ¿qué tipo de libertad y/o emancipación es la obtenida mediante el consumo individual?

[6] Escila y Caribdis son dos monstruos de la mitología griega que custodiaban —supuestamente— el estrecho de Mesina. Mientras Escila escupía grandes cantidades de agua al punto de hacer naufragar a los barcos, Caribdis los succionaba y tragaba. Esto producía que alejarse de un peligro implicara automáticamente acercarse a otro.

Bibliografía

Anderson, J. L. (1995) *Explaining long-term economic change*. Cambridge University Press, Great Britain.

Berger, P. & Luckmann, T. (1995) *La construcción social de la realidad.* Amorrortu editores. Buenos Aires.

Bourdieu, P. (2000) *Los usos sociales de la ciencia*. Editorial Nueva Visión. Buenos Aires.

________ (2003) *Creencia artística y bienes simbólicos: elementos para una sociología de la cultura*. Aurelia Rivera Grupo Editorial. Buenos Aires.

Carr, E. H. (1969). *La nueva sociedad*. FCE. México.

Dahrendorf, R. (2005) *En busca de un nuevo orden; una política de la libertad para el siglo XXI*. Paidós, Barcelona.

De Certeau, M (2007) *La invención de lo cotidiano.* Universidad Iberoamericana, México.

Foucault, M. (2008) *El orden del discurso*. Tusquets. Buenos Aires.

Friedman, M. (1966) *Capitalismo y libertad*. Editorial Rialp, Madrid.

Fukuyama, F. (1990) "¿El fin de la historia?" En *Revista Estudios Públicos,* nº 37. Santiago.

Hobsbawm, E. (1998) *Sobre la historia*. Crítica, Barcelona.

________ (2009) "El socialismo fracasó. El capitalismo esta quebrado. ¿Qué viene ahora?", *La Nación*, 14 de abril. Santiago, Chile.

Laclau, E. (2000) *Misticismo, retórica y política*, FCE, Buenos Aires.

Lechner, N. (1992) "El debate sobre Estado y mercado". En *Revista Estudios Públicos*. nº 47, Santiago.

Leví-Strauss, C. (1995) *Antropología estructural*. Paidós. Barcelona.

Marx, K. (1973) *El capital*. *Crítica de la economía política I*. FCE, México.

Moulian, T. (1998) *El consumo me consume*. LOM Editores, Santiago.

Perret, Bernard & Roustang, Guy (2000) *La economía contra la sociedad*, *crisis de la integración social y cultural.* FCE, Santiago.

Sahlins, M. (1997) *Islas de historia*. *La muerte del capitán Cook. Metáfora, antropología e historia*. Gedisa, Barcelona.

Sombart, W. (1972) *El burgués*: *contribución a la historia espiritual del hombre económico moderno*. Alianza, Madrid.

Stiglitz, J. (2003) *Los felices noventa*; *la semilla de la destrucción*. Taurus, Buenos Aires.

Taylor, C. (1997) *Argumentos filosóficos*. Paidós, Barcelona.

Williamson, J. (1999) "Lo que Washington quiere decir cuando se refiere a reformas de las políticas económicas". En Guitian, Manuel & Muns Joaquim. *La cultura de la estabilidad y el consenso de Washington*, Creaciones Gráficas, Barcelona.

Wittgenstein, L. (2002) *Investigaciones filosóficas*. Critica, España.